

primeras de la patria. Pero no pueden juzgarse las grandes ideas con arreglo al tiempo nuestro, sino con arreglo á su tiempo, y sobre todo á su oriente. Creedlo, la idea es á un mismo tiempo negacion y afirmacion, antítesis de las ideas precedentes y tésis de las ideas sucesivas que se desarrollarán y enlazarán por necesaria y dialéctica serie. Y como es negacion la idea nueva de las ideas precedentes, es tambien contradiccion y combate. Calvino en tal necesidad, no podia ser organizador sin desorganizar los organismos precedentes. Y no podia desorganizar estos organismos sin combatir. Y no podia combatir sin dar á sus esfuerzos el carácter natural á la guerra, el carácter de un despotismo en frente de otro despotismo. Se lucha por ideas mas progresivas ó por ideas mas reaccionarias, pero cuando esa lucha llega en sus empeños é incidentes á la violencia, los medios de fuerza son análogos en una y otra causa como están de igual suerte organizados los contrarios ejércitos. Y sin embargo, aquel hombre levantó la conciencia sobre todas las facultades, la moral sobre toda la vida, la libertad como el corolario de todos los dogmas, Cristo como único soberano de los pueblos, la democracia como el Cristianismo práctico, educando á Suiza, Holanda y América, las cuales brillarán eternamente como faros inextinguibles en los cielos del espíritu moderno y servirán de tipo eterno y de eterno ideal á todas las repúblicas.

CAPITULO IV

PRIMEROS DIAS DE CALVINO EN GINEBRA

El hombre llamado á renovar el espíritu cristiano pecaba de timidez, diferenciándose mucho en esto del audaz Lutero, en quien predominaba con el espíritu de innovacion el valor propio de los heróicos guerreros del pensamiento. Queriendo sin duda la sociedad que resultase la mas democrática de todas las tendencias protestantes la menos personal, encomendóla con la seguridad propia de su instinto á un jóven de bien firme voluntad, pero de bien poco imperio sobre los demás, por las apariencias de energía interior que suelen reemplazar en los reformadores faltos de fuerza coercitiva los ejércitos numerosos y los medios tangibles de los dominadores y estadistas. Aunque Farel, representante verdadero de la voluntad y de la accion material en aquellas supremas crisis, incitaba con perseverancia el ánimo de Calvino á tomar tanto la direccion de la Iglesia como la direccion del Estado en Ginebra, esquivábase y resistíase con tenacísimo empeño el jóven francés repulsivo á los estruendos del combate y amante de la meditacion reservada y del secreto y reflexivo estudio. Como la naturaleza del orador pide por sus vocaciones íntimas el combate y Calvino lo rehuía por timidez irremediable, apartábase de hablar con cuidado perseverante y concentraba en meditar y escribir sus grandes y luminosas facultades.

Así aquel hombre, cuyo pensamiento debía deducir las últimas consecuencias sociales del Cristianismo evangélico y cuya obra debía llegar en su crecimiento progresivo hasta los senos del Nuevo Mundo, entraba en los treinta años con humildes apariencias de modesto estudiante y recogía la

iniciación moral de Ginebra con el título humildísimo de lector y nada más que lector de las Santas Escrituras. Tal vocación se conocía en conferencias dadas casi diariamente bajo las bóvedas de la catedral de San Pedro, henchidas con las nubes del incienso católico y con las oraciones de la vieja ortodoxia. La impersonalidad del orador, que llamaba vivamente la atención sobre su doctrina y la divertía de su auditorio, daba extraño carácter á sus conferencias y á las ideas en sus conferencias contenidas. Diríase que su exterior, su voz, su acento, su ademán, su palabra, su gesto, los accidentes externos de sus sermones reducíanse á meros medios escogidos por un espíritu invisible para revelarse al cristiano auditorio. Aquejaba toda su doctrina el pesimismo propio de las escuelas protestantes que, viendo la naturaleza humana precipitada y caída en el pecado, no encontraban otro medio de redimirla, esclarecerla, salvarla, sino la mediación sobrenatural del cruento sacrificio de Cristo.

En tales términos la doctrina de Calvino resultaba instructiva, y en tales términos la persona de Calvino resultaba tan indiferente que no proveía el Concejo de la Ciudad á ninguna de sus necesidades materiales. Un pobre alojamiento, un raído hábito, la soldada pobrísima de un jornalero, mostraron en su parquedad y miseria que aquella figura de pálido rostro, de incierto paso, de complexión débil, de aire tímido y receloso, no podía esconder tras su frágil carne un grande y extraordinario espíritu. Sin embargo, á los pocos días de predicar, la persuasión dispertada lentamente por la solemne palabra y la pura doctrina del joven lector decidía tenerlo por extraordinario y ordenaba con ese imperio propio de las democracias encerradas en ciudades pequeñas que Calvino predicaría en San German diariamente, á las seis de la mañana, para que fuesen á oírlo todos los regidores de la ciudad antes de reunirse á las siete en público y solemne Concejo.

Estos primeros días de predicación interrumpiéronse bien pronto por un accidente muy propio de aquellos extraños tiempos. Corría el otoño de 1536, y á fines de setiembre dejaban Farel y Calvino Ginebra para ir á otra ciudad importante del hermoso lago de Lemán, á la ciudad de Losana. Por una coincidencia natural en aquellos días, mientras los predicadores protestantes se preparaban á doctrinar y convencer á Losana, los soldados de Berna, can-

ton cercano, protestante también, escogían medios más expeditivos; y por el hierro y el fuego, tras largo sitio, imponían sus creencias á Iverdun derribando las imágenes y convirtiendo las pobladas iglesias católicas en tristes y sombrías escuelas protestantes. La capital de todas aquellas regiones, Losana, tenía sectarios de la nueva fe; y á la cabeza de tales sectarios, encontrábase un apóstol de fe tan pura y de complexión tan serena como el sabio Viret, quien detestaba los procedimientos de fuerza y quería su ciudad regenerada por los misioneros y los predicadores, más no por los soldados y los arcabuces. Su deseo tomaba mayor legitimidad del tristísimo resultado que las violencias daban en las almas valerosas y fuertes. Muchos ciudadanos convencidos del espíritu evangélico y penetrados de la verdad en su seno encerrada, esquivábanse á confesarlo y sostenerlo, temerosos de ver achacada por el común de las gentes la fe interior de la conciencia y el íntimo sentimiento del corazón á sugerencias de la política y á imposición de la fuerza. Así, tras la conquista material de Losana por Berna, cuando comisiones de los conquistados y no bien sometidos iban á la ciudad conquistadora en demanda de que les dejasen sus santas imágenes y les permitiesen por lo menos dos misas semanales, Viret atribuía este movimiento de reacción más bien á horror contra la fuerza que á entusiasmo por el Catolicismo. Por consiguiente, convenció á los conquistadores para que reemplazasen los medios guerreros por los medios espirituales y propuso á los conquistados que pidiesen una pública disputa entre los dogmas nuevos y los antiguos dogmas á fin de que la conciencia del pueblo conociese lo mejor y se resolviera la voluntad, no por obra de la fuerza, sino por obra de la predicación y de la gracia.

Tal expediente debía parecer pecaminoso á los que estaban de antiguo en posesión de los ánimos y tenían á su favor la fuerza de las tradiciones. El nuevo ideal ganaba con la contradicción todo lo que perdía el antiguo. Poseído este de los ánimos, con autoridad y fuerza coercitiva, consagrado por la sumisión secular del pueblo, veía sus títulos de dominio puestos en litigio y contradicha la constante autoridad de su Iglesia. Los innovadores asaltaban viejos bastiones eclesiásticos y no podían proveer á los asaltos sino por medio de la lucha para ellos salvadora y saludable. Por consi-

guiente, al proponer públicos certámenes y públicas disputas, proponían realmente y se granjeaban la propia victoria. Las tesis de la fe se creen y no se prueban. Su evidencia está en lo interior del alma y su demostración racional no añade un átomo á los motivos de credulidad si existe la creencia. Por consiguiente nada tan legítimo como la grande alarma de los católicos al ver propuesta por el Consejo de Berna y admitida por el Consejo de Losana una pública controversia que cedería por último en daño de la tradicional y antigua Iglesia. Los monjes gritaron á una y movieron la soberana voluntad de Carlos V, el cual dió un solemne rescripto prohibiendo tal escándalo. Pero su rescripto quedó por letra muerta y la conferencia decidida y decretada por las dos ciudades suizas.

Por octubre de 1536 el Sínodo se congrega. El revolucionario por excelencia, apóstol de aquellas regiones, combatiente de todas las batallas espirituales, general del ejército innovador, Farel, llega con Calvino á Losana. En esta ciudad poblada de conventos existían muchos monjes que clamaban al Emperador por los socorros de la fuerza y pocos que defendiesen las doctrinas ortodoxas con las armas del razonamiento y de la elocuencia. Precisó, pues, llamar de los alrededores gente acostumbrada de suyo á las controversias teológicas para sostener en Losana, el nombre y autoridad de la Iglesia católica. El hado adverso á la tradición ortodoxa quiso que se hallase representada y mantenida esta por un orador extravagante, francés de origen, conocido con el nombre de Doctor Blancherose. Teólogo, político, boticario, médico, humanista, mezclaba todas las ideas en sus discursos como todas las profesiones en su vida, resultando por tal motivo en vez de disertaciones sabias y piadosas, repulsivas y embrolladas mixturas. Junto á ideas de valor, ponía salidas de tono, junto á expansiones de fe, recetas de curandero, junto á la sublimidad de los dogmas, las ridiculeces de la magia, provocando con tales mezclas sincréticas á irreverentes burlas y perdiendo la causa defendida y sustentada por tan extraños medios. Así las gentes decían que aquel hombre era lunático. En efecto. A los argumentos de predicadores tan penetrados por el puro idealismo religioso como los predicadores protestantes, oponía voluntariedades y contradicciones de su extraordinario pensamiento, aquejado en verdad por una ligereza muy parecida en

sus extravíos á la mas disparatada demencia. Así hablaba del sol cuando debía hablar del Cristo; y probaba la doctrina de la trasustanciación, por los innovadores negada, con el ejemplo de un huevo que se trueca en pollo y de un pollo que asado y comido se trueca en carne humana, y de las tres monarquías del Padre, del Hijo y del Espíritu, la última de las cuales reservaba para los médicos, mezclando á tales y tan extrañas extravagancias su carácter de médico, y diciendo que por médico y por evangelista se consideraba un San Lucas y se creía igual por lo menos á los Emperadores y los Papas, los cuales personificaban la primera y segunda persona de la Trinidad, mientras él por su ciencia personificaba la tercera, es á saber el divino y sublime paraclito.

Imaginaos cuál sería, en presencia de todas estas extravagancias, la superioridad de los reformadores. Farel, si no muy sabio, muy argumentador, llevaba de vencida, no tanto por la fuerza de su razonamiento como por el calor de su fe, á todos los reaccionarios. Ayudábale Viret en su empresa, quien añadía con creces á la llama interior del sentimiento de Farel la externa luz de una palabra encendida en el estudio y contemplación de los santos evangelios. Mas para que la obra tuviese un digno coronamiento de su importancia, tomó la palabra Calvino y disputó en favor de sus tesis con alta y consumada ciencia. La distinción capital entre la autoridad histórica de la Iglesia y la autoridad divina de la Escritura quedó allí clara como el día. El Pontificado de Cristo, con el cual se destruía el Pontificado de Roma, quedó establecido. Trazóse, merced á la claridad de sus palabras y á la lógica de sus clasificaciones, la diferencia que debe existir entre la autoridad del texto evangélico y la autoridad de los santos Padres. El dogma de la comunión quedó reducido á una especie de compenetración espiritual entre la criatura y el Creador por medio del divino verbo, pues para el nuevo teólogo no era comprensible que Cristo diese cosa material como el cuerpo y la sangre cuando acababa de dar cosas tan espirituales como la idea y la doctrina. Convertido Cristo en el único Maestro, su vida en el único ejemplo, su muerte en la única intercesión, su sacrificio cruento en la única virtud redentora, su persona en el único Pontificado eterno, decidme, dónde iban á parar la Iglesia y sus jerarquías, los santos y su patrocinio, la misa y